

44 | TRAZOS

Muerte anunciada

El anarquista catalán Salvador Seguí escribió una novela en la que dio libre curso a sus ideales

de M. PECELLÍN LANCHARRO

Salvador Seguí (Tornabous, 1886), llamado «Noi del sucre» por su afición a comer azucarillos, es figura mítica para los ácratas españoles. Recuerdo con qué veneración hablaban de él desde intelectuales ácratas como Juan Gómez Casa (autor en ZYX de una pionera 'Historia del anarcosindicalismo') o Abel Paz (biógrafo de Durruti), hasta trabajadores cultos y responsables, tal «El tío José», andaluz que sentó cátedra rural en Entreríos, donde falleció casi centenario.

La muerte violenta del ya entonces célebre anarquista, abatido en Barcelona por los pistoleros del Sindicato Libre (1923), finan-

ciados por la patronal catalana, contribuyó sin duda a incrementar su fama entre los libertarios. Seguí, obrero de la pintura, fue uno de los principales impulsores de Solidaridad Obrera y secretario de la CNT en Cataluña. Más próximo a las tesis de Kropotkin en 'El apoyo mutuo' que a las violentas de Bakunin, admiraba la Escuela Moderna de Ferrer y defendía la formación intelectual como el arma más oportuna para la emancipación de la clase trabajadora. Sin discutir el de la huelga general revolucionaria, en principio pacífica, como la que ayudó a desatar el año 1917, aunque después se desarrollase por otros derroteros.

Menos conocido es que el templatado not compuso una novela corta, 'Escuela de rebeldía', en cuyas páginas daba libre curso a sus ideales. Lamentablemente, no pudo verla publicada. Lo mataron pocos

días antes. Barcelona se había convertido en una ciudad temible, donde las pistolas entonaban sin tregua la canción de la muerte. Martínez Anido, el gobernador civil, las alentaba descaradamente (hubo días con más de treinta obreros asesinados) contra los líderes sindicales y pronto tuvo quien contestara.

Lucha obrera

En dicho ambiente se desarrolla la narración de Seguí. Juan Antonio, el protagonista, de espíritu romántico e inquieto («es preciso que la gente luche, porque el que no lucha no vive: el agua encharcada se corrompe») representa el tipo de militante obrero admirado por el autor. Para mayor identidad, según el paradigma de la muerte anunciada, lo hace morir junto a la Rierita en pleno auge del movimiento huelguístico. Justo en las proximidades,

por el Raval, será también abatido Salvador Seguí. Aquel joven impresor, hijo de un terrateniente arruinado por ineptitud, emigrado desde Andalucía e irá convirtiéndose (la verdad es que no se explica muy bien cómo) en uno de los dirigentes populares con mayor prestigio. Las balas le partieron el corazón sin que él llegase a utilizarlas.

'Escuela de rebeldía' no es un relato de indiscutible calidad. El lenguaje es pulcro, diáfano y a veces pintoresco, pero la presentación de los personajes es excesivamente ingenua, estereotipada. Antes que a los imperativos literarios, su prosa responde a los expuestos por hombres como Felipe Aliz, otro revolucionario ácrata, en 'El arte de escribir sin arte' reeditada, ha poco (Berenice, 2012).

Lo que les importa no es tanto la belleza de la escritura, sino su



ESCUELA DE REBELDÍA

Autor: Salvador Seguí. Cáceres, Periférica, 2012

virtud - real o imaginada - para defender ideas y conductas con un lenguaje y estructura narrativa llanos, al alcance de cualquiera. Con todo, resulta una novela interesante por su capacidad para componer un retrato sociológico de la capital catalana en aquellos convulsos años veinte del pasado siglo. Y, sin duda, para conocer mejor al Noi del Sucre y la ideología que encarnaba. Por cierto, un plus añadido en nuestros días, es recordar cómo él, y lógicamente su trasunto, acordes con el lema de que los proletarios no tienen patria, se sitúan frente al independentismo catalán.

la jet de papel

Elmore Leonard Escritor

Elmore Leonard recibirá a sus 85 años la medalla al reconocimiento de toda una obra que concede la National Book Foundation, institución americana que concede también los premios literarios más importantes de Estados Unidos, los National Book Award. La ceremonia tendrá lugar el 14 de noviembre



y el escritor, que sigue en plena actividad, recibirá su distinción de una de sus más fervientes admiradores, Martin Amis. Leonard se unirá así a anteriores receptores del honor como Toni Morrison, John Updike o Norman Mailer. La Library of America, institución que sólo publica a autores considerados ya como clásicos, ha anunciado por su parte la edición en tres volúmenes de las novelas policíacas de Leonard.

Patricia Cornwell Escritora

Patricia Cornwell, una de las autoras de novela criminal más reconocidas en el mundo, se encuentra envuelta en una discordia legal que va seguida con tanta atención como algunos de sus libros. Próximamente comparecerá como testigo en un juicio en EE UU en el que se juzgará la demanda que ha



interpuesto la escritora contra sus asesores económicos, a los que reclama 180 millones de dólares. Cornwell acusa a sus gestores, la empresa Angin Block and Angin, que maneja también el dinero de algunas otras estrellas, como Robert De Niro, de haber causado graves destrozos en su patrimonio, del que, según un informe del FBI, llegaron a desviar grandes sumas para contribuir a las campañas de diversos políticos.

Educación sentimental

La novela de Joyce Carol Oates incide en el sempiterno tema del viejo y la niña, redimidos ambos por su relación

de E. GARCÍA FUENTES

El sempiterno tema de el viejo y la niña se pierde, como bien saben los lectores, en la procelosa noche de los tiempos literarios. No se trata de hacer aquí ahora un repaso de la incidencia; sólo voy a recalcar el evidente proceso que el asunto ha sufrido desde unos años hacia acá, con el ruego de que me perdonen esta alusión a lo evidente.

La transición, como ustedes saben, ha afectado fundamentalmente al personaje del viejo, que ha pasado de ser objeto de irrisión y burla (no hay que citar la amplísima tradición desde los clásicos greco-latinos y su tránsito por Boccaccio,



UNA HERMOSA DONCELLA

Autor: Joyce Carol Oates. Madrid, Alfaguara, 2011

Cervantes, Moratin, etc.) a convertirse en un peligroso delincuente infamado por un mundo en el que los valores están en continuo trapecho y donde piezas de orfebrería, como el delicioso 'Alicia en el País de las Maravillas', pasan a convertirse en manuales de perversion y pedofilia; no digamos ya 'Lolita', de Nabokov. Con estas últimas, su-

perficialmente, guarda semejanzas esta última entrega de la estadounidense (y eterna candidata al «Nobel») Joyce Carol Oates.

Paseando con los dos pequeños que tiene a su cargo, la joven Katya, procedente de la típica familia desestructurada, se encuentra con un elegante y anciano caballero de agradable apariencia que pronto la hechiza con sus delicadas maneras y el tierno cariño que le demuestra. Marcus Kidder, que así se llama, resulta ser, además, un hombre muy rico y una auténtica eminencia local, un famoso pintor e ilustrador de libros infantiles, lo que le permite conectar inmediatamente con la chica y sus atendidos.

La relación entre ellos (pese al desconcierto inicial de la muchacha) se intensifica, sobre todo cuando Marcus le propone que sea su modelo para una serie de cuadros, labor por la que recompensa a Katya generosamente; pero parece haber

algo más.

Ella, pese a su inconsciente adolescencia, comienza a debatirse entre la fascinación, el interés y el deseo insano que es consciente de despertar en el anciano. Pero, a su vez, ella misma empieza a experimentarlo también, con lo que la trama empieza a adquirir un tinte de morbidez y peligrosidad que deja en segundo plano el recóndito erotismo subyacente que poco a poco (y de forma cada vez más comprometida) comienza a aflorar entre la insólita pareja.

La fascinación que el anciano ejerce, pese a su conducta cada vez más sincera y atrevida, coloca a Katya en un continuo debate entre el bien y el mal donde prima, sobre la cuestión pecuniaria favorable que ahora disfruta, la consciencia de que él es la única persona que la ha querido realmente.

Como varias veces se repite a lo largo del texto, «no existe miedo más primitivo que el miedo a que no nos amen y no nos protejan» y eso es lo que descubre Katya aún con sus pocos años. Sin embargo, el verdadero acierto de la novela radica en que, de algún modo, el personaje de Marcus también es copartícipe de esta situación y su progre-

sivo (e inquietante) posición de dominio respecto a la muchacha («una hermosa doncella a la que se puede confiar una tarea crucial, por la que sería bien recompensada a su debido tiempo») revertirá, sin embargo, en un final, no por previsible, menos adecuado, con la irrupción, por decirlo de alguna manera, de lo peor del mundo de Katya en medio del trastornado cuento de hadas que parece vivir.

Como es de esperar (en un proceso que a unos puede parecer evidente y a otros algo forzado), la chica asume el papel que su inopinado Pígalión quiere para ella; en el fondo lo que realmente necesita Marcus es que ella lleve a cabo su último y predeterminado proyecto artístico y ella definitivamente se aviene a ello.

La magia radica entonces en que ese amor que puede antojársenos impuro, retorcido, definitivamente nocivo, se convierte en una especie de redención para los atribulados «amantes» y salva, con su extraviada pureza, cualquier posible acusación de obsenidad e inmoralidad, si es que a estas alturas debemos hacer caso todavía a los sinietros mandarines de lo políticamente correcto.